

Compendio
III

30/5/08



JULIÁN CASANOVA

La historia social y los historiadores

¿Cenicienta o princesa?

Nueva edición actualizada

INTRO. A LA PROB. HISTORICA
Prof. VIANO F.S.D/F

CRÍTICA
Barcelona

1. LAS REACCIONES FRENTE AL IMPULSO HISTORICISTA: LOS ORÍGENES DE LA HISTORIA SOCIAL

Sociedad, economía y cultura han cautivado recientemente la atención de los historiadores. En las últimas décadas, la vieja historia política se ha convertido en un cadáver al que muy pocos parecen respetar. Si Ranke se levantara de entre los muertos para poder leer libros de historia, comprobaría que los herederos de sus discípulos, pese a ocupar algunos de ellos los sillones más cómodos del mundo académico, habían perdido gradualmente las posiciones dominantes. De regreso a la tumba, el maestro suspiraría posiblemente al recordar la época en que la historia política era una forma exquisita, aristocrática y elitista de pensar y escribir sobre el pasado.

Obviamente, esa identificación entre el reino de la política y el de las elites dirigentes, que hacía de la historia un relato de las acciones y aspiraciones de los notables, no fue un invento de la escuela histórica alemana del siglo XIX. Nos encontramos, más bien, ante una tradición secular renovada a comienzos del Renacimiento con la aparición de los estados monárquicos, sólo obstaculizada por las intenciones subversivas —por aquello de su oposición al estilo aristocrático— de algún filósofo del XVIII como Voltaire que declaraba su intención de escribir «la historia de los hombres en vez de la historia de los reyes y de las cortes» y cuyas prerrogativas tampoco fueron destruidas por la revolución francesa de 1789. La historia, desde los tiempos de Tucídides y su *Guerras del Peloponeso*, fue concebida como una forma de literatura, regida por criterios retóricos e interesada, frente a la fábula, en la reconstrucción del pasado a

través del examen crítico de la evidencia.¹ Lo que aportó el siglo XIX fue un rápido proceso de profesionalización que condujo a los historiadores a considerar su disciplina como una ciencia, distinta a las ciencias naturales, pero capaz de proporcionar un conocimiento fidedigno de los hechos. Desde ese punto de vista, el siglo XIX es considerado un período de esplendor para la historia. La época en que publicaron sus trabajos Tocqueville, Fustel de Coulanges y Taine, Macaulay y Maitland, y brillando por encima de ellos, los historiadores alemanes, las auténticas estrellas de la historiografía decimonónica a quienes todos querían imitar.

De entrada, convendría deshacer una importante confusión que se escurre a menudo irreflexivamente por las páginas de algunos manuales muy difundidos en nuestras universidades: la identificación absoluta entre Ranke y la tradición historiográfica alemana, el historicismo y la historia positivista.² Por historicismo debe entenderse, en un sentido muy distinto al utilizado por Karl R. Popper para designar esas interpretaciones que pretenden mostrar la existencia de leyes fijas de desarrollo histórico, un paradigma de pensamiento y práctica históricas que ha puesto un especial énfasis en la singularidad e individualidad de los fenómenos históricos. En la medida en que les fuera posible, los historiadores deberían comprender esos fenómenos de acuerdo a los criterios de su propio tiempo, en

1. Sobre los factores que hicieron florecer a ese tipo de historia política ha tratado Jacques Le Goff en «Is Politics Still the Backbone of History», *Daedalus*, vol. 100, n.º 1 (1971), pp. 2-4, de quien está tomada la frase de Voltaire. La orientación secular de esa historia es también señalada por Georg G. Iggers en su introducción al *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Methuen, Londres, 1980, pp. 1-2.

2. Las ideas que aquí se exponen sobre el historicismo están sacadas fundamentalmente de Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Conn., 1983 (segunda edición revisada) y Jürgen Kocka, «Theoretical Approaches to Social and Economic History of Modern Germany: Some Recent Trends, Concepts and Problems in Western and Eastern Germany», *The Journal of Modern History*, 47 (1975), pp. 101-102. En castellano puede verse J. Kocka, *Historia social. Concepto-Desarrollo-Problemas*, Alfa, Barcelona, 1989, pp. 70-80 y Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 124-132. Entre nosotros, no obstante, la exposición más precisa del tema se encuentra en Juan José Carreras Ares, «El historicismo alemán», en *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, tomo II, pp. 627-641.

lugar de analizarlos a partir de leyes generales o de los principios morales presentes. Vistas así las cosas, el historicismo representaba un profunda ruptura con los conceptos que sobre el hombre y la historia había inspirado la tradición clásica de los escritos históricos. Frente a la posibilidad de ver en el pasado modelos para el presente, la nueva concepción historicista subrayaba la imposibilidad de comparación significativa entre épocas históricas.

Ocurre, sin embargo, que la conexión entre la evolución de la sociedad alemana en el siglo XIX y el propio historicismo es muy compleja. Desde Ranke, un hombre de la Restauración, a Meinecke, exponente del auge y crisis final del movimiento a través de una larga vida que se extiende más allá de la segunda guerra mundial (1862-1954), pasando por Droysen, que vive con la Unificación, y Treitschke, cuya obra se produce en el marco de la gran depresión de finales de siglo, el historicismo conoció escenarios muy diferentes. En realidad, en su desarrollo a lo largo de ese siglo pueden distinguirse dos grandes momentos. En el primero, el historicismo legitima el estancamiento alemán que inaugura la época de la Restauración y se establece como contraposición a las tendencias revolucionarias presentes en Europa occidental. Más tarde, esos historiadores exaltarán con su metodología individualizadora un fracaso, el de la revolución burguesa en Alemania y, por consiguiente, el de un auténtico sistema parlamentario y constitucional. Tal fracaso tendrá importantes consecuencias en el desarrollo futuro de la política alemana, que irá ya para siempre acompañada de calificativos como «autoritaria», «militarista», «burocrática», «prusiana». Y precisamente eso es lo que hacía de Alemania un país diferente a Francia o Gran Bretaña.³

Con Leopold von Ranke comienza el primero de esos dos grandes momentos del historicismo y con él se supone que estamos ante

3. El carácter excepcional de Alemania, junto con la individualidad histórica y el primado de la política exterior, al que posteriormente haremos referencia, serán, según J. J. Carreras, los principios básicos del historicismo (*ibidem*, pp. 630-633). Un excelente análisis de las premisas fundamentales de la historiografía alemana sobre el problema de la revolución burguesa y las diferencias con el modelo británico puede verse en los capítulos elaborados por Geoff Eley para David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth Century Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1985, pp. 39-155.

el inicio de la era científica, crítica, de la historiografía moderna. Ranke va a reafirmar el conocimiento histórico frente a su enemigo más próximo, la filosofía, y en especial frente al método «a priori» de la filosofía de la historia hegeliana. Entre historia y filosofía hay, según sus argumentos, una diferencia esencial. La primera versa sobre lo particular, la segunda sobre lo general. La historia aspira a comprender las cosas, la filosofía a explicarlas. Los historiadores, por consiguiente, al transmitir las acciones voluntarias de los grandes personajes, cuentan historias y dejan de lado el análisis. El carácter científico de la historia reside, en definitiva, en la «imparcial» inmersión en las fuentes, en la reconstrucción de las intenciones de los actores y del curso de los acontecimientos, y en la percepción intuitiva de un contexto histórico más amplio.⁴ Y para transmitir todo eso, el historiador encuentra en la narración la forma más precisa y correcta de elaborar su discurso.

Esa teoría del conocimiento histórico iba en Ranke inextricablemente unida al relato de los hechos militares y políticos. Si la individualidad es el fenómeno clave para entender el historicismo, el individuo por antonomasia para Ranke será el Estado y sus servidores. Un Estado «que no es solamente ni sobre todo Macht (poder), sino Geist (espíritu)».⁵ Lo cual quiere decir que el Estado poseía una personalidad propia y una idea que guiaba sus acciones y desarrollo. Y como individuo, se relacionaba con otros individuos, con otros Estados. De ahí que todas las consideraciones sobre política interna tenían que subordinarse a las exigencias de la política exterior. Porque el asunto distintivo de la historia eran las relaciones internacionales, en especial el balance de poder entre los grandes Estados europeos. Y fue precisamente ese énfasis en el poder uno de los aspectos al que con más fuerza se agarraron una buena parte de los historiadores alemanes y de otros países en el siglo XIX para elabo-

4. En opinión de Gerog G. Iggers, la contribución primordial de Ranke a la disciplina histórica en el siglo XIX no fue la mera aplicación de métodos críticos, cuyo origen era más antiguo, sino haber creado una mayor conciencia sobre el uso riguroso de esas fuentes: introducción a *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West Germany Historical Writing Since 1945*, Berg, Leamington Spa, 1985, p. 2. El rechazo de la filosofía hegeliana ha sido subrayado por Arnaldo Momigliano en *Studies in Historiography*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1966, p. 105.

5. Juan José Carreras, «El historicismo alemán», p. 630.

borar su discurso histórico. El problema es que esa concepción del Estado se adaptaba mejor a la edad del absolutismo, momento en el que Ranke desarrolló la mayor parte de su trabajo, que a esa Europa posrevolucionaria, liberal y capitalista de la segunda mitad del siglo XIX a la que trasladan el concepto muchos de sus admiradores.⁶

Volvemos, por consiguiente, a la incorrecta consideración del historicismo como un movimiento, «la gran revolución espiritual» dirá Meinecke, monolítico, que traspasa ese siglo sin verse afectado por los cambios sustanciales experimentados por Europa y Alemania. Del conservadurismo político de Ranke al apoyo a la agresividad imperialista del Segundo Reich por parte de Treitschke, existe un largo camino jalonado por la derrota en la revolución de 1848, la unificación alemana y una rápida industrialización acompañada del surgimiento de una clase obrera organizada en sindicatos y en el Partido Social Demócrata. No es extraño, por consiguiente, que el supuesto liberalismo inicial de los discípulos de Ranke, que les permitió incluso criticar las posiciones políticas reaccionarias del maestro, acabara en una defensa encarnizada del orden social capitalista frente a las masas, esas oscuras fuerzas que se salían del marco de la metodología individualizadora y a las que Meinecke, en momentos de quiebra del historicismo, va en pleno siglo XX, y en un intento por salvar al Estado y a sus servidores, responsabilizará del hundimiento del mundo imperial alemán.⁷

Lo que interesa aquí retener, no obstante, son los cambios que de esa evolución del historicismo resultaron tanto en el uso riguroso de métodos críticos para interpretar textos —es decir, en la hermenéutica— como en los enemigos de la metodología individualizadora que preconizaba. Por lo que respecta a los métodos críticos de interpretación, el énfasis constante en los documentos escritos como base de la historia condujo a un abandono —alejamiento— de las pers-

6. Consideraciones sobre esa y otras degradaciones de la obra de Ranke pueden verse en el trabajo ya citado de G. G. Iggers, *The Social History of Politics*, pp. 3-8; en Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 74-75; en Josep Fontana, *Historia*, pp. 126-127 y en Juan José Carreras, «El historicismo alemán», pp. 632-633.

7. Juan José Carreras define en pocas palabras ese largo recorrido: «De la misma manera que el maestro Ranke nunca supo comprender el fenómeno capital del siglo XIX, la revolución burguesa, Meinecke es incapaz de desvelar el verdadero sentido de la contrarrevolución por excelencia del siglo XX, el fascismo» (p. 641).

pectivas sociales y cosmopolitas que habían caracterizado a los historiadores de la Ilustración. Aunque Ranke todavía escribió obras en las que intentaba revelar las tendencias intelectuales y políticas que operaban en la historia moderna, la generación posterior, al subrayar sobre todo los aspectos técnicos de la disciplina histórica, recurrió cada vez más a los estudios monográficos o, en otras palabras, a pensar que sólo lo pequeño podía ser estudiado científicamente. El interés de Ranke y Droysen por comprender y explicar los hechos —una comprensión basada en la homogeneidad del sujeto y del objeto— derivó en la creencia de que la historia era una mera reconstrucción de acontecimientos. Y fue esa versión mutilada y deformada de los métodos críticos de la escuela alemana la que se extendió a los países europeos donde imitaron el modelo de historia profesionalizada. La confusión entre historicismo e historia positivista estaba servida.

Por otra parte, los enemigos de este tipo de conocimiento que aprehendía las individualidades también cambiaron. Si para Ranke era la filosofía, con sus supuestos generalizadores, la que se oponía a la singularidad de los fenómenos históricos, en el caso de Droysen y sobre todo de Treitschke iba a ser la naciente sociología el adversario a batir. Efectivamente, los historiadores con esa nueva orientación «científica» libraron una dura batalla con esa doctrina de la filosofía de la ciencia llamada positivismo e introducida en la sociología por Auguste Comte. Donde los sociólogos positivistas buscaban la explicación histórica en términos de generalizaciones y leyes de desarrollo, los historiadores historicistas insistían en que la historia versaba sobre intenciones y objetivos humanos que no podían ser reducidos a fórmulas abstractas.⁸ Dado que la historia sólo

3. Positivismo es otro de los conceptos cuya evolución ha originado más de un cambio de significado. Sus muchos críticos, bastantes veces con razón, le han colgado siempre etiquetas peyorativas, pero tampoco es infrecuente ver utilizado ese término para descalificar a cualquier adversario que ose cuestionar nuestras propias interpretaciones. Aplicado a la sociología, lo que le identifica es una convicción de que esa disciplina puede ser científica en la misma medida que, por ejemplo, la física; una preferencia muy marcada por la cuantificación y una tendencia hacia explicaciones sociales estructurales frente a esas referidas a los motivos e intenciones humanas. Una introducción precisa a ese concepto puede verse en Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan S. Turner, *Dictionary of Sociology*, Penguin Books, Harmondsworth; 1988, pp. 190-191.

podía ser comprendida a través del comportamiento humano guiado por ideas conscientes, había determinados terrenos de la existencia humana que caían fuera de la incumbencia del historiador. Las masas, las clases sociales, la cultura popular no tenían interés histórico. Sólo el reino de las elites, de aquellos que tomaban decisiones, formulaban y ejecutaban la política, constituía un asunto legítimo de estudio.

Llegados a este punto, podemos hacer un balance, aun reconociendo la dificultad que su propia evolución presenta para la utilización correcta del término, de los ingredientes primordiales de esa forma de hacer historia propuesta por el historicismo alemán y dominante en las universidades europeas durante el siglo XIX y comienzos del XX. Una historia centrada en el relato de los acontecimientos políticos y militares, con especial énfasis en las relaciones internacionales entre Estados, que formuló métodos individualizadores-hermenéuticos como específicos de esa disciplina y que opuso resistencia a los supuestos generalizadores y abstractos de las ciencias sociales así como a la intromisión de cualquier dimensión social o económica para la comprensión de los hechos históricos. Una historia, en definitiva, política, al servicio de los poderes legitimados, que rechazaba la teoría y que tenía a la narrativa como hilo conductor.

Con esos supuestos tan limitados, parece comprensible que se produjera una reacción en favor de una nueva historia. O dicho de otra forma, que en una Europa donde la penetración del capitalismo y la industrialización había producido fuertes dislocaciones sociales, tuviera lugar un debate internacional sobre la naturaleza del conocimiento histórico en el que participaran filósofos, sociólogos e historiadores. Y lo que resultó de ello fue, simplificando el asunto, un interés acusado por las llamadas cuestiones sociales. Habrá que prestar la debida atención a esas reacciones por las consecuencias que tuvieron para lo que con el tiempo llegó a denominarse historia social. Pero antes debemos detenernos en la recepción de ese modelo histórico alemán en los restantes países y en el uso que se hizo de la historia para promover la integración política de la sociedad en un contexto de formación y consolidación de los Estados nacionales. Porque reducir los logros de aquellos historiadores a una crónica de acontecimientos bélicos e intrigas palaciegas o a una adoración del positivismo del hecho histórico, es una caricatura, muy

Resumiendo el
historicismo
de Ranke

extendida a partir de Lucien Febvre, de un legado cultural no exento de virtudes.⁹

Esa herencia incluye la aplicación de métodos críticos al uso y evaluación de fuentes, la adopción de técnicas reconocidas para presentar y editar el material, y un notable ingenio en el estudio de los errores en la transmisión de información —la copia de documentos, por ejemplo— y en la determinación de los prejuicios y fiabilidad de los testimonios individuales. Para lograr ese objetivo se requería, asimismo, un auxilio institucional que posibilitara el establecimiento de institutos de investigación histórica, la fundación de revistas especializadas y la creación de cursos de formación histórica. Los conceptos básicos e ideas que sostenían esa profesionalización de la historia en el siglo XIX estaban estrechamente conectados al desarrollo general del pensamiento durante ese período pero sobre todo a los cambios en las estructuras institucionales y políticas de los países europeos desde la era de la revolución francesa y de Napoleón.¹⁰

Las reformas efectuadas en las universidades tras esa revolución crearon las bases para liberar a la historia de ser una ciencia auxiliar —adjunta a la filosofía moral, a la teología o al derecho— y dotarla de una posición independiente. Primero se crearon, con apoyo financiero de los gobiernos, institutos de investigación que muy pronto fueron incorporados a las universidades. En esa fusión de la investigación y de la enseñanza de la historia, se elevó al profesor de universidad a una posición eminente desde la que dominaba la enseñanza, la escritura y la investigación. Y para llegar allí, no sólo se re-

9. Lo cual en absoluto quiere decir, como se comprobará más adelante, que aquí se defiende una vuelta a Ranke. Parece, no obstante, que para ese viaje de retorno no harían falta demasiadas alforjas. Si se acepta la propuesta de Juan Pablo Fusi —«ya se sabe que no existe vieja y nueva historia, sino buena y mala historia»—, todo lo que se requiere, independientemente de la teoría que guíe los pasos de cada uno, es ser un buen historiador (!): «Por una nueva historia: volver a Ranke», *Perspectiva Contemporánea*, SEGUEF, n.º 1 (1988), p. 154.

10. La utilización de ese conjunto de técnicas resulta también relevante para las ciencias sociales, como señala Eric J. Hobsbawm en «The contribution of history to social sciences», *International Social Science Journal*, vol. XXXIII, n.º 4 (1981), pp. 626-627. El proceso de profesionalización de la historia durante los siglos XIX y XX es abordado por Felix Gilbert en «European and American Historiography», en John Higham *et al.*, *History*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1965, pp. 317-387, *he* quien proceden las referencias que sobre esa cuestión aparecen en el texto.

quería interés por la política o talento literario sino, sobre todo, un conocimiento de las fuentes originales y de sus métodos críticos de evaluación. Así las cosas, y aunque durante el siglo XIX se mantuvo la idea de que el historiador debería conocer todos los diversos períodos y campos de la historia, parece lógico que se adoptaran pronto algunas divisiones cronológicas —historia antigua, medieval, moderna— e incluso se llegara en 1891 a establecer una cátedra dedicada a la Revolución francesa, la primera estrictamente limitada a un período particular de la historia.

Ese gran salto adelante para lograr un conocimiento «científico» de la historia va a producirse en la mayoría de los países del continente europeo y, con algunos matices, en Gran Bretaña. Los historiadores, conscientes de la independencia que su territorio había alcanzado, buscaron también salidas propias para sus publicaciones. En 1859 se creó la *Historische Zeitschrift* alemana; en 1876 la *Revue historique* francesa; en 1884 la *Rivista storica italiana* y en 1886 la *English Historical Review*. La profesionalización presidía así un proceso en el que se generó una variedad notable de actividades —investigadores, archiveros, bibliotecarios y profesores— para las que el aprendizaje de la historia era útil y necesario. Sólo Estados Unidos, un país sin historia que en el siglo XIX todavía no necesitaba poseer grandes archivos o centros de investigación y donde faltaban algunos de los presupuestos que habían originado el desarrollo de la historiografía europea, se escapó a ese movimiento de imitación institucionalizada de los métodos críticos.¹¹

En Europa, el surgimiento de la conciencia y ciencia históricas

11. No es este el lugar para medir con detalle el grado de aceptación de esos métodos en los distintos países. La recepción del modelo alemán en España es examinada por Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró en *Historiografía y práctica social en España*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1986, pp. 20-27. En Francia fue precisamente Alphonse Aulard, el primer ocupante de esa cátedra establecida en la Sorbonne para estudiar la revolución francesa, uno de los principales transmisores de esa metodología (véase D. G. Wright, *Revolution and Terror in France, 1789-1795*, Longman, Harlow, 1987, pp. 9-10). Las peculiaridades del caso británico, y las posibles causas por las que se prestó menos atención a la profesionalización de la historia, son abordadas por Doris S. Goldstein, «The Professionalization of History in Britain in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries», *Storia della Storiografia*, vol. 3, 1983, pp. 3-25. Los factores que motivaron las diferencias entre Europa y Estados Unidos se encuentran en Felix Gilbert, «European and American Historiography», pp. 337-339.

acompañó al ascenso y despliegue del Estado nacional, un proceso gradual que condujo a la centralización de la administración y a la participación activa de la burguesía en política. La educación, convertida en algunos de esos países en un monopolio del Estado, resultó un excelente mecanismo de integración en el orden existente para aquellos grupos que habían sido oprimidos por las elites dominantes tradicionales. En los programas educativos, la historia llegó a ser la piedra angular; al demostrar el destino común de todos los que vivían en la misma nación, la historia se utilizó para subrayar los lazos que unían a la gente, ocultando los intereses antagónicos de las diversas clases sociales. Aspecto este de importancia primordial para los que estaban en el poder, para los gobernantes y sus ministros de educación, porque la enseñanza de la historia serviría así para generar una mayor lealtad de los ciudadanos a los dirigentes del Estado. Lo cual explica, sin duda, el alto aprecio y el fuerte fomento público que adquirió durante ese siglo pero también, como señala Jürgen Kocka, algunas de sus peculiaridades y debilidades temáticas: su orientación autoritario-estatal y una notable ceguera para los procesos económicos y sociales.¹²

Frente a esa apología del poder, ya desde mediados del siglo XIX hubo formas alternativas de escribir la historia pero estas permanecieron fuera de la principal corriente de erudición especializada. El despliegue industrializador y las transformaciones profundas en el desarrollo capitalista generaron agudos conflictos de clases que exigían otros instrumentos de análisis. El concepto de sociedad se impuso como arma de combate antiestatal y bandera de las demandas liberales, democráticas y socialistas. Precisamente esos son los años en que Karl Marx comenzó a divulgar una nueva teoría que, como la naciente sociología, pretendía ser una ciencia general de la sociedad y estaba orientada a comprender los cambios resultantes del desarrollo del capitalismo industrial y de las revoluciones políticas del siglo XVIII. Las conexiones entre Marx y los sistemas sociológicos de Comte y Spencer se hicieron evidentes desde el momento en que su campo de análisis y sus ambiciones eran las mismas y

12. *Historia social*, pp. 166-167. El mismo autor advierte, no obstante, en otra parte del libro que los mejores productos de la investigación histórica acuñada por el historicismo incluían también factores sociales y económicos pero siempre en el marco de la consideración política, como presupuestos y consecuencias de la actividad del Estado (pp. 73-74).

hasta cierto punto recurrían a similares fuentes intelectuales: las historias de la civilización, las teorías del progreso, el estudio de la sociedad industrial de Saint-Simon y la nueva política económica. Las diferencias sustanciales, sin embargo, también salieron a la luz muy pronto porque Marx, frente al positivismo de Spencer y Comte, defendió una concepción de la sociedad más estructural que orgánica, con un espacio más amplio para la acción humana, una concepción menos determinista de las fases de la evolución social y unos mecanismos dialécticos e internos de cambio (tecnológicos y ecológicos en el nivel económico, y revolución y lucha de clases en el político). Se trataba de situar el modo de producción y la sociedad capitalistas en un esquema histórico de desarrollo social. De concebir la historia, en suma, como «movimiento social», como historia de la sociedad que incluía todos los ámbitos de la actividad humana.¹³

De momento aquí lo único que interesa es dejar constancia de la creciente influencia, tanto intelectual como política, que la teoría de Marx comenzó a ejercer, especialmente tras su muerte en 1883, en dos direcciones distintas que han llegado hasta el presente: en la historia del movimiento obrero y en las ciencias sociales académicas. Por una parte, el marxismo se convirtió muy pronto en la teoría social o doctrina preeminente de la clase obrera organizada. A través de la fundación de sindicatos y partidos socialistas en países diversos, logró establecerse una amplia red de instituciones educativas y culturales independientes, editoriales, escuelas y periódicos. Casi sin excepciones, y especialmente en Alemania a causa de sus condiciones políticas particulares, la exposición y discusión de la teoría marxista tuvo lugar al margen del mundo académico oficial, en libros y periódicos publicados por grupos y partidos socialistas. No obstante, y en un proceso marcado sólo por ligeras diferencias cronológicas, la teoría marxista inició también un duradero impacto en las ciencias sociales, especialmente en la economía y en la sociología. Ya Tönnies, en el prefacio a *Gemeinschaft und Gesellschaft* (1887, Comunidad y Asociación), reconoció su deuda con Marx, a quien describió como el «más notable y profundo de los filósofos sociales». En

13. Las conexiones entre marxismo y sociología en el capítulo de Tom Bottomore «Marxism and Sociology» incluido en T. Bottomore y Robert Nisbet, ed., *A History of Sociological Analysis*, Heinemann, Londres, 1979, pp. 118-148. Las diferencias entre marxismo y positivismo en Christopher Lloyd, *Explanation in Social History*, Basil Blackwell, Oxford, 1986, pp. 198-199.

el primer congreso internacional de sociología, en 1894, autores procedentes de varios países presentaron ponencias que debatían la teoría marxista y en la década de 1890 el marxismo comenzó a enseñarse en algunas universidades.¹⁴ Unos años después, tal esfuerzo de difusión alcanzó también al derecho, la historia o la antropología pero fue en la sociología —en Alemania y Austria, aunque no en el mundo anglófono— donde penetró más profundamente. Antes de la primera guerra mundial, por consiguiente, el marxismo se había consolidado como una teoría social ampliamente debatida en el movimiento socialista y en algunos círculos académicos, que comenzaba también a infundir nuevos aires a las investigaciones sociales.

Conviene advertir, no obstante, que muchos de los trabajos de historiadores marxistas posteriores se inspiraron en escritos desarrollados al margen de la tradición marxista e incluso independientes de ella. En Francia, la deuda de los historiadores marxistas con sus predecesores republicanos y demócratas resulta ineludible y existe una línea de continuidad muy clara en la historiografía de la revolución francesa desde Jules Michelet, el primer historiador que ya a mediados del siglo xix puso al pueblo llano en el centro del escenario revolucionario, a Georges Lefebvre, pasando por Jean Jaurés y Albert Mathiez. Ese hilo conductor y la revitalización del jacobinismo por el socialismo constituyen las raíces de la historia popular, un campo de estudio que floreció tras la segunda guerra mundial y al que contribuirán con especial dedicación los historiadores marxistas británicos de la segunda mitad del siglo xx. Precisamente esta historiografía, hoy tan sólida y conocida, fue precedida también en Gran Bretaña por una historia popular, en versión radical y democrática más que socialista por sus ideas básicas, que emergió en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Una larga tradición, por lo tanto, que engancha al marxismo posterior a través de un cordón umbilical muy difícil de separar. Nos encontramos asimismo ante los primeros desafíos serios a la historia política tradicional y a las prácticas intelectuales dominantes. Eso era, y no otra cosa, la *Short History of the English People* (1887) en la que J. R. Green escribía

14. Los casos más conocidos, los de Antonio Labriola en la Universidad de Roma y de Carl Grünberg, quien enseñó historia económica e historia del movimiento obrero en la Universidad de Viena desde 1894 a 1924, año en que fue nombrado director del Instituto de Investigación Social de Frankfurt. Datos proporcionados por Tom Bottomore, «Marxism and Sociology», pp. 128-130.

«una historia no de los Reyes o Conquistadores ingleses sino del Pueblo» y para conseguirlo prefería considerar superficialmente «los detalles de las guerras internacionales y diplomacias, las aventuras de reyes y nobles, la suntuosidad de las cortes o las intrigas de los favoritos, y extenderse en los acontecimientos de este progreso constitucional, intelectual y social en el que desciframos la historia de la nación».¹⁵

No eran sólo marxistas o demócratas radicales, sin embargo, los que oponían resistencia a la historiografía dominante. También entre los historiadores académicos se desarrolló una rica literatura de historia económica y social, donde supieron captar, dentro del modelo tradicional orientado por el Estado como sujeto, las relaciones entre la sociedad, el Estado y la economía. Esa insatisfacción no se plasmó, en principio, en una ruptura con el método individualizador del historicismo pero algunos de esos planteamientos novedosos —así pueden calificarse los del economista Gustav Schmoller, o los de los historiadores Otto Hintze y Jacob Burckhardt— adquirieron una notable popularidad a finales del siglo. El más influyente de todos ellos, prosiblemente porque el reto procedía del corazón mismo de la escuela histórica alemana, fue Karl Lamprecht. Sin abandonar el espacio de la comunidad nacional alemana como objeto de estudio, su enfoque difería del de sus colegas en dos importantes aspectos. Por un lado, combinaba el examen del desarrollo político de Alemania desde el medievo con un interés en la economía, las condiciones sociales y la cultura. Desde el punto de vista metodológico, además, añadía, a un planteamiento clásico cronológico y narrativo, el intento de formular leyes de desarrollo histórico. Eso en absoluto significaba volver a la filosofía de la historia de Hegel, frente a la cual el historicismo había reaccionado, porque sus métodos, a través de los cuales había deducido las fases del desarrollo histórico desde lo que él consideraba su necesaria correspondencia con los procesos clásicos de la mente humana, seguían juzgándose falsos. Pero, eso sí,

15. Citado en Raphael Samuel, «British Marxist Historians, 1880-1980», *New Left Review*, 120 (1980), p. 38. Las raíces entre historia popular y marxismo en el caso francés han sido señaladas por Eric J. Hobsbawm, para quien Michelet «es el primer gran profesional» de esa forma de abordar el pasado: «History from below—some reflections», en Frederick Krantz, ed., *History from below: Studies in popular protest and popular ideology in honour of George Rudé*, Concordia University, Montreal, 1985, p. 64.

Hegel estaba en lo cierto al asumir que existía una obligada conexión causal en la historia universal a partir de la cual era posible descubrir y formular leyes de desarrollo histórico. El establecimiento de esas leyes requería, para obtener resultados válidos, un procedimiento puramente inductivo —«científico»— y abandonar el deductivo. Tales opiniones causaron un amargo debate en el mundo académico alemán en el que Lamprecht salió derrotado.

Fuera de Alemania, la puesta en escena de esas preocupaciones sirvió para demostrar que Lamprecht no estaba solo. Y con el cambio de siglo comenzaron a surgir voces entre los historiadores profesionales que cuestionaban parcelas importantes del hasta entonces bien guardado territorio historicista. La historia, argumentaban, debería ser más comprehensiva en su campo de acción, incluyendo diversos aspectos de la vida económica, social y cultural. Por consiguiente, la narración pura, centrada en los acontecimientos vividos por las élites, era insuficiente y debía ser completada por el análisis de las estructuras sociales en que esos acontecimientos ocurrían y esas personalidades ejercían su poder. En otras palabras, la historia era una ciencia social que examinaba procesos sociales con la ayuda de teorías explícitas y un aparato conceptual que, no obstante, debería tener en cuenta la historicidad del contexto único en el que esos fenómenos ocurrían. Con esos argumentos, no parece extraño que el debate derivara en un defensa del establecimiento de estrechos vínculos entre la historia y las otras ciencias sociales —en la que coincidieron sociólogos como Max Weber, Émile Durkheim o François Simiand—, aunque, al menos en esos años, nadie pensaba seriamente que ello debía acarrear el sacrificio de la autonomía de la historia.¹⁶

Todas esas cuestiones que envolvían a la naturaleza del conocimiento histórico adquirieron una especial relevancia en Francia y Estados Unidos. En contraste con Europa, donde a la historia se le suponían sus propios métodos y objetivos distintos de los otros campos del saber, en Estados Unidos aparecía mucho más atractiva la

16. Sobre el surgimiento de esas insatisfacciones y los argumentos defendidos puede verse Georg G. Iggers, ed., *The Social History of Politics*, pp. 9-11; Felix Gilbert, «European and American Historiography», pp. 340-344; Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old*, Belknap Press, Cambridge, Mass., 1987, pp. 1-2; Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 79-92 y Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989, pp. 3-12.

opinión de que la historia era una ciencia social más y debía, por lo tanto, contribuir al descubrimiento de las leyes del desarrollo humano. Fue en ese momento cuando surgió y obtuvo una notable influencia el concepto de historia científica, que reflejaba esa tendencia de unir la historia a las ciencias sociales. Como consecuencia de ello, los creadores norteamericanos de esa historia científica creyeron en la posibilidad de hacer compatibles el concepto de individualidad de cada período histórico de Ranke con el de las leyes de causalidad de Lamprecht, algo que ningún historiador europeo, y menos aún alemán, hubiera aceptado.

Claro que había razones históricas para que a las teorías sobre las leyes del desarrollo social se les prestara mayor atención en Estados Unidos. Mientras que en Europa era un sistema político el que asignaba a cada disciplina su lugar y rango en la jerarquía del conocimiento, en las instituciones educativas americanas esas conexiones filosóficas eran más débiles y la utilidad proporcionaba el criterio para determinar el orden de los distintos campos del saber. Dado que en ese país el objetivo de los profesores era más bien dar a sus estudiantes una educación general que se adaptara mejor a cualquier clase de actividad y no un aprendizaje en una profesión especializada, esos terrenos del conocimiento que resultarían útiles para comprender y conocer a fondo el mundo externo parecían especialmente valiosos. El hecho de que los colegios y las universidades dependieran del apoyo financiero privado —y no estatal— y de que no hubiera la imperiosa necesidad de usar la historia como mecanismo de justificación del poder, contribuyen también a explicar las diferentes condiciones sociales en que se desenvolvía la historiografía en ambos continentes.¹⁷

Al concebir la historia como una rama de las ciencias sociales, los historiadores americanos intentaron interpretar el pasado con las mismas herramientas que esas utilizaban. El resultado fue una revisión de las tradicionales concepciones de la historia estadounidense. Y a eso se le comenzó muy pronto a llamar *New History*. Aunque ya en 1898 la *American Historical Review*, el bastión de la vieja historia, publicó un ensayo titulado «Características de la Nueva Historia», donde se copiaba a Lamprecht, en realidad fue James Harvey Robinson quien en 1912 proclamó, en un manifiesto, la llegada de

17. Felix Gilbert, «European and American Historiography», pp. 354-358.

esa nueva ortodoxia. Tanto Robinson como sus colegas F. J. Turner y Charles Beard rechazaban las premisas básicas de la historia tradicional: que el asunto distintivo de la historia fuera esencialmente político y que el modo natural de escribirla fuera la narración. Robinson efectuaba incluso un alegato en favor de una historia del «hombre común» que pasara de largo los «detalles triviales» de las dinastías y guerras, y utilizara los hallazgos de «antropólogos, economistas, psicólogos y sociólogos». Una historia radical muy similar a la ya comentada de J. R. Green en Inglaterra, pero que añadía algunos de los rasgos que iban a constituir el programa básico de la historia social en sus años de consolidación a mediados del siglo xx.¹⁸

Pese a que ese consciente desafío de algunos historiadores norteamericanos al modelo imperante no carece de valor, casi todos los estudiosos apuntan a Francia cuando se trata de mostrar los orígenes de la historia social o, en términos similares, de exponer los esfuerzos en favor de una concepción más sociológica e interdisciplinaria de la historia. Y exageraciones e inexactitudes al margen, el recorrido que suele seguirse es también conocido y no será necesario, por consiguiente, insistir mucho en ello. En 1900 apareció el primer volumen de la *Revue de synthèse historique*. Henri Berr, su fundador y editor, estaba convencido de que si los historiadores utilizaban en sus investigaciones los resultados aportados por los otros campos científicos del conocimiento, serían capaces de mostrar el modelo de evolución de los humanos desde el comienzo de la civilización. Eso significaba que la historia política debía sucumbir ante la embestida de una nueva clase de historia apoyada por las nuevas ciencias sociales —la geografía y sobre todo la economía y la sociología—, desde las que Vidal de la Blache, François Simiand y Émile Durkheim ya habían tendido un puente a los historiadores. Aunque a Berr se le trató en Francia con más respeto que a Lamprecht en Alemania, hasta la primera guerra mundial fue un marginado frecuentemente envuelto en polémicas con los «historiadores históricos», como él llamaba a sus oponentes que dominaban entonces el mundo académico francés. De las energías gastadas por Berr se

beneficiaron muy pronto otros historiadores que siguieron sus pasos. Los que adquirieron más fama, aquellos a quienes incluso se ha adorado como los verdaderos padres de la historia social, fueron Marc Bloch y Lucien Febvre, que en 1929 fundaron la revista *Annales d'histoire économique et sociale*.

Las numerosas páginas dedicadas desde entonces a esa corriente historiográfica llamada *Annales* muestran hasta qué punto los historiadores son —somos— capaces de polemizar acerca de un mismo tema. Sobre *Annales* se ha dicho ya casi todo. Y según la perspectiva adoptada —que depende asimismo de la nacionalidad del autor, de la naturaleza de las fuentes utilizadas, de sus concepciones políticas, sociales y religiosas y de otros muchos factores que complican todavía más eso—, el resultado final en nada se parece al del vecino. En este trabajo va a considerarse a *Annales* como un círculo que se inició en los años treinta como reacción frente a lo existente, intentó desde ese momento una reconstrucción de la historia sobre bases científicas establecidas a partir de conceptos prestados por otras disciplinas y acabó desintregrándose en los años setenta en múltiples direcciones que han dejado perplejos a algunos de sus primeros admiradores. La reacción inicial no significaba tanto una ruptura como un importante punto de inflexión en un proceso que ya desde el siglo xix había arrastrado a firmes partidarios de incorporar al análisis histórico los factores económicos y sociales. En sus orígenes esa protesta iba dirigida contra el trío formado por la historia política, la historia narrativa y la historia episódica (*événementielle*). Para Bloch y Febvre eso era pseudohistoria, «historia superficial». Lo que había que poner en su lugar era «historia en profundidad», una historia económica, social y mental que estudiara la interrelación del individuo y la sociedad.

Esa forma de entender el pasado de los individuos y grupos en su contexto geográfico, social y cultural presentaba algunos rasgos comunes que ejercieron después una notable influencia sobre un sector muy importante y amplio de los denominados historiadores sociales. La tesis que aquí se defenderá es que en esas formulaciones iniciales estaban ya los gérmenes de su propia desintegración. No hay, por consiguiente, traición a los principios de los fundadores sino una lógica interna que en su desarrollo ha ido acompañada también de circunstancias y condiciones externas muy distintas a las que conocieron Bloch y Febvre. Baste por ahora realizar unas bre-

18. Las citas de Robinson pertenecen a su libro *The New History: Essays Illustrating the Modern Historical Outlook*, Nueva York, 1912, y están sacadas de Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old*, pp. 1-2.

ves observaciones en torno a esos rasgos comunes de la historia propugnada por sus fundadores.¹⁹

El primero es que la historia debía ser una ciencia, diferente a la pretensión científica del positivismo comtiano —interesado en leyes universales de evolución— y opuesta a esa «historia historizante» que presenta como única exigencia la narración de los acontecimientos. No es, por consiguiente, una «ciencia de lo particular» sino «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras».²⁰ A una ciencia de ese tipo no le queda más remedio que intentar revelar lo profundo, las condiciones estructurales profundas y los mecanismos de la sociedad. Entramos así en la segunda característica: frente a la historia política, «la historia que es, por definición, absolutamente social». Y precisamente se elige ese término, «social», porque su vaguedad —se le han dado tantos significados, decía Febvre, que al final no quiere decir nada— permitía echar abajo los tabiques y «hacer circular por encima de los pequeños despachos cerrados en que operan los especialistas, con todas las ventanas cerradas, la gran corriente de un es-

19. Tampoco es aquí necesario reseñar todos los libros o números especiales de revistas que se han dedicado al tema. Una selección de esos trabajos puede verse en Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, pp. 90-92. Dos obras exhaustivas sobre el tema se deben a T. Stoianovich, *French Historical Method: the Annales Paradigm*, Cornell University Press, Ithaca, 1976, y a P. Ricoeur, *The Contribution of French Historiography to the Theory of History*, Oxford University Press, Oxford, 1978. Un resumen de los argumentos de Stoianovich en su artículo «Social History: Perspective of the Annales Paradigm», publicado en *Review*, vol. 1 (1978), la revista en inglés que más atención ha prestado a *Annales*. Una visión crítica de la reconstrucción intentada por *Annales* en Josep Fontana, *Historia*, pp. 200-213.

20. Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 40. Puede verse también el breve capítulo titulado «Sobre una forma de hacer historia que no es la nuestra. La historia historizante», pp. 175-181. Aunque es cierto que en Febvre parece haber una aceptación de una parte de la herencia positiva dejada por los historiadores profesionales del siglo XIX —en especial el establecimiento de la crítica rigurosa de documentos—, no lo es menos que lo que él difunde es la versión deformada del positivismo del hecho histórico que se cultivaba en esos momentos en los seminarios de historia franceses. Tampoco resulta extraño que fueran los representantes de la escuela tradicional alemana los que, en nombre de una metodología alérgica a las ciencias sociales, formularan inicialmente las críticas más duras a *Annales*. Véase Juan José Carreras, «El historicismo alemán», p. 627.

píritu común, de una vida general de la ciencia». O lo que es lo mismo: frente al «espíritu de especialidad», el diálogo con las restantes ciencias sociales.²¹

Pero una tarea de esa magnitud, en la que el historiador con el auxilio de los otros científicos sociales descubre y selecciona los «depósitos» de las sociedades pasadas, requiere una organización sistemática de los hechos. Organizar es darle sentido al pasado pero también proporcionar a la historia —y al historiador— una función social en el presente. En este terreno, las ambigüedades de esa historia profunda afloran a la superficie. Febvre nos dice, y repite siempre que puede, que «sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible». La teoría es una «construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender». Toda teoría está fundada «en el postulado de que la naturaleza es explicable». Y el hombre forma parte de la naturaleza. Por consiguiente, el hombre es para la historia algo que hay que entender, que hay que «pensar».²² De esta forma se cierra el silogismo sin concretar la propuesta teórica. Porque no la hay. Todo lo que el historiador necesita es pensar, huir de la sumisión pura y simple a los hechos. La historia como problema, en suma, que derivará, como veremos, en auténtico problema: en discusiones interminables para decidir qué métodos utilizar para solucionar el problema.

En resumen, la aportación esencial de *Annales* consiste en alinear a la historia entre las ciencias sociales, en hacer de ella una sociología del pasado. Al superar el documento, material preferido de los historicistas, el historiador debe explotar todo signo o huella de la actividad humana, debe acoger los resultados y métodos de las otras ciencias sociales, aunque insertando los trabajos parciales en un contexto social global. La economía, la demografía, los análisis cuantitativos de los hechos son los únicos terrenos sólidos sobre los que el historiador puede apoyar sus conclusiones, una vez que ha renunciado al documentalismo de la historia política. La historia se convierte, al fin, en una ciencia asimilable a todas las demás: la ciencia de las sociedades humanas del pasado.

Ocurrió, además, que en esas primeras formulaciones la historia de lo «social» fue utilizada en combinación con la historia de lo

21. Lucien Febvre, *Combates por la historia*, pp. 39 y 162.

22. *Ibidem*, pp. 179-180.

«económico» y formó la historia económica y social. A finales de los años veinte se fundaron varias revistas que representaban ese nuevo enfoque. En realidad, si se exceptúa el mundo británico —donde desde 1929 se publicará la *Economic History Review*—, todas esas publicaciones incluían en sus títulos los dos vocablos: ese es el caso de la alemana *Vierteljahresschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, pionera desde 1893 de la historia económica y social; de la *Revue d'Histoire Economique et Sociale* francesa (1913); de *Dziejow Społecznych i Gospodarczych*, fundada en Polonia en 1926 y por supuesto de *Annales d'histoire économique et sociale* (1929).

Cierto es que «la mitad económica de esa combinación era abrumadoramente preponderante». Pero eso significaba, en cualquier caso, que para esos historiadores la historia económica incluía también lo social. Porque economía y sociedad eran ámbitos de la realidad inextricablemente unidos. O, si se quiere de otra forma, no ocurrían aislados de sus efectos sociales. Así lo entendieron por aquellos años famosos historiadores como Henri Pirenne y Mijail Rostovtzeff, pero también los primeros historiadores sociales británicos —fabianos o marxistas— del período de entreguerras (los Webb, los Hammond, Cole...) para quienes la historia social fue historia económica «en pequeña escala»: niveles de vida, transporte, sanidad, cercamientos, ley de pobres y categorías de «clase» generadas desde la economía.²³

Tal matrimonio —que posteriormente acabará, como veremos, en brusca separación— surgía de la marginación y revelaba el deseo en favor de un enfoque diferente del clásico de la historia política. Con el reconocimiento general de la importancia y utilidad de la economía, los historiadores se dieron cuenta del papel del factor económico en el pasado y, en consecuencia, de la relevancia que

23. Lo de la preponderancia de la «mitad económica» es de E. J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, vol. 100, n.º 1 (1971), pp. 21-22, a quien sigo también en el examen de las posibles razones de ese predominio. Los datos sobre las revistas están sacados de la introducción de G. G. Iggers al *International Handbook of Historical Studies*, p. 5. Esos nuevos planteamientos, con especial referencia al caso alemán, aparecen también recogidos en Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 81-92. La conexión entre historia económica y social en el caso británico es señalada por I. C. Barker y C. D. Clark en sus respuestas a *What Is History Today?*, editado por Juliet Gardiner, Macmillan, Londres, 1988, pp. 34-35 y 51.

eso podía tener para el análisis de las estructuras y cambios sociales.

El dominio de lo económico sobre lo social se debía, en opinión de Eric J. Hobsbawm, a dos razones. A una visión de la teoría económica —presente en Marx y en la «escuela histórica de la economía política» alemana— que rechazaba aislar lo económico de lo social, lo institucional y de otros elementos y, por otra parte, a una clara ventaja inicial de la economía sobre las otras ciencias sociales. Si la historia debía integrarse en las ciencias sociales, la economía era la primera y con ella era con quien había que tener buenas relaciones. Por último, para aquellos que aceptaban la teoría de Marx, también tenía un considerable peso su argumento de que, cualquiera que fuera la inseparabilidad de lo económico y lo social en la sociedad humana, la base analítica de cualquier investigación histórica sobre la evolución de la humanidad debía ser el proceso de la producción social.

Hemos esbozado, por consiguiente, en estas páginas iniciales los tres primeros significados que en el pasado adquirió el término historia social.²⁴ El primero se refería a la historia de los pobres o de las clases bajas, y más específicamente a la historia de los movimientos de los pobres («movimientos sociales»). El término, como ya quedó claro, podía incluso limitarse a la historia de la clase obrera, de las ideas socialistas y de sus organizaciones. Por razones obvias, esa conexión entre historia social e historia de la protesta social o de los movimientos socialistas ha sido intensa y duradera. Aunque la historia militante está hoy sometida a revisión, parece claro que un buen número de historiadores sociales prestaron atención en el pasado a ese tipo de historia porque eran radicales o socialistas y, por lo tanto, interesados en temas de gran relevancia sentimental para ellos.²⁵

24. La consolidación de la historia social como disciplina académica, tema que ocupará el siguiente capítulo, amplió esos significados. Por significados debe entenderse aquí primeros usos del término y no concepciones acerca de la naturaleza de la historia social. Para ello sigo las páginas citadas del trabajo de Hobsbawm y la respuesta de John Breuilly a Juliet Gardiner, ed., *What Is History Today?*, pp. 49-50.

25. Y son precisamente las críticas a esa estrecha relación entre militancia e historia las que constituyen el punto de partida de una nueva revisión. Véanse las precisiones de Georges Haupt en *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 9-34; de Gareth Stedman Jones sobre el caso británico en «The Poverty of Empiricism», en Robien Blackburn, ed., *Ideology in Social Science*, Rea-

2) En segundo lugar, el término fue utilizado para designar trabajos sobre un conjunto de actividades sociales que en la concepción tradicional de la historia quedaban fuera del núcleo central de la explicación, el político-diplomático-militar. Actividades humanas, por otra parte, muy difíciles de clasificar y que aparecen en el mundo angloamericano bajo términos como *maneras*, *costumbres*, *ocio* y *vida cotidiana*. Esa forma de hacer historia no estaba particularmente orientada hacia las clases bajas —más bien lo contrario— y derivó con el tiempo en una visión residual de historia social cuyo mayor peligro ha resultado ser la exclusión de la política, de la economía o de las ideas. Un peligro confirmado con la famosa definición de historia social de G. M. Trevelyan (en su *English Social History*, 1944) como «la historia con la política excluida» y llevada a sus últimas consecuencias, como veremos, por la segunda generación de *Annales*.

Eso no es lo mismo, sin embargo, aunque verse en ocasiones sobre temas similares, que la denominada por los alemanes «historia de la cultura», un concepto con diversos significados que surgió con fuerza a finales del siglo XIX, frente a la historiografía política-individualizadora dominante. La historia de la cultura debía comprobar la relación recíproca entre los campos culturales singulares (religión, moralidad, organización del Estado, intereses materiales), proporcionar explicaciones causales y posibilitar el análisis comparativo entre naciones. Eso es lo que pretendieron de formas muy diferentes Eberhard Gothein, un historiador de la economía para quien la historia de la cultura debería describir el devenir interno de los pueblos, de las ideas y de la cultura general; Ernest Bernheim y su definición como «historia del hombre en sus actividades como ser social»; y Karl Lamprecht, con su intención de integrar bajo esa denominación dimensiones económico-sociales, políticas, espirituales y artísticas.²⁶

3) Sobre el tercer significado del término, el más común y el más relevante, hemos dicho ya lo fundamental: la historia de lo social se

dings in Critical Social Theory, Fontana, Glasgow, 1972, pp. 101-107; y, referido al caso español, las de José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, n.º 12 (marzo-abril de 1982), pp. 19-41.

26. Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 83-85.

fundió con la historia de lo económico para formar un campo especializado y marginado por la historia general. En ese nuevo terreno coincidieron, además, figuras significativas de la historia académica —como Henri Pirenne—, historiadores orientados sociológicamente —como Kurt Breysig—, sociólogos interesados en la historia concreta de la sociedad —Max Weber como ejemplo sobresaliente— y algunos de esos historiadores radicales y socialistas —especialmente ingleses— dedicados a examinar el pasado desde la óptica de las clases desposeídas. No resulta difícil tampoco comprobar la huella que en una buena parte de esos autores dejó la obra de Marx y sus intentos de introducir explicaciones causales en áreas hasta entonces inexploradas.

Interesa, por último, resaltar que hasta después de 1945 ninguna de esas tres versiones de historia social produjo un campo de especialización académica. En otras palabras: esos nuevos enfoques que cambiaron la disciplina de la historia tras las dos guerras mundiales tienen sus orígenes en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX pero antes de la Gran Guerra —y con todos los matices que se quiera introducir la afirmación sirve también para el período de entreguerras— el escenario académico fue dominado por los historiadores que siguieron las sendas de la historia política tradicional. Frente a ellos, los innovadores, aquellos que buscaban mejorar la profesión haciendo uso de los descubrimientos de las modernas ciencias sociales, fueron siempre considerados unos sujetos extraños y peligrosos. Cuando en el Congreso Histórico Internacional de Berlín, en 1908, Kurt Breysig sugirió un nuevo plan de historia universal que integrara los factores políticos, económicos e intelectuales, la *Revue historique* caracterizó sus ideas como «muy peligrosas desde el punto de vista científico». Y a continuación le espetaban la sana advertencia de que, como discípulo de Nietzsche, no permitiera que su imaginación dominara a la ciencia y acabara sustituyéndola.²⁷

La gran mayoría de historiadores académicos de principios del

27. Citado en Felix Gilbert, «European and American Historiography», p. 344. Las apreciaciones que siguen sobre el predominio de esa historia historicista —en su versión deformada de positivismo del hecho histórico— en los principales países capitalistas europeos, proceden de Gareth Stedman Jones, «The Poverty of Empiricism», pp. 97-98; de Josep Fontana, *Historia*, pp. 96-97 y 116-117; y de la introducción de G. G. Iggers a *The Social History of Politics*, pp. 11-20.

siglo xx, por consiguiente, no vieron razones para alterar las concepciones decimonónicas en torno a los métodos y contenidos de la historia. Una buena muestra de ello la encontramos en el plan que Lord Acton —de formación alemana— estableció para *The Cambridge Modern History*. No hubo dificultad en encontrar un equipo de colaboradores de diversos países porque se suponía que todos ellos estaban de acuerdo en que la política, las relaciones internacionales y los asuntos internos deberían ser los hilos conductores de los diferentes capítulos y volúmenes. La «recopilación exhaustiva de los hechos» y «la solidez del juicio histórico» en la interpretación de las pruebas documentales eran las virtudes esenciales del historiador que necesariamente habían de conducirlo a conclusiones fructíferas; y por conclusiones fructíferas se entendía un «registro de verdades» válidas de modo definitivo, adquiridas gracias al conocimiento del pasado pero proyectadas también hacia el futuro.²⁸ No es extraño, por lo tanto, que *The Cambridge Modern History* no se adentrara en nuevos e inexplorados territorios. Fue básicamente una codificación de opiniones en torno a la historia que habían sido desarrolladas en el siglo xix y eran entonces consideradas válidas —y autorizadas— por casi todos los historiadores.

Eso significaba, en consecuencia, que las tendencias hacia la especialización y organización que habían acompañado a la profesionalización de la historia en el siglo xix iban a ser incrementadas. El culto al documento desembocó en la creencia de que un trabajo histórico sólo tenía valor si todas las fuentes disponibles sobre el tema habían sido agotadas. La obtención de un puesto académico relevante exigía un trabajo meritorio basado en fuentes nuevas —es decir, no utilizadas ni publicadas anteriormente. El resultado lógico fue que los libros de historia llegaron a ser cada vez más extensos, mientras los temas tratados en ellos resultaban cada vez más reducidos. Seignobos justificaba la elección del tema de su tesis doctoral —«El régimen feudal en Bourgogne hasta 1360»— declarando que

28. Un modo sencillo, sin duda, de condimentar los hechos. En su carta de instrucciones a los colaboradores, Acton formulaba el requisito de que «nuestro Waterloo debe ser satisfactorio para franceses e ingleses, alemanes y holandeses por igual». Estamos, evidentemente, ante la culminación de esa tradición empírica británica que tenía como uno de sus principales presupuestos la total separación entre el sujeto y el objeto. Citado por E. H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1979, p. 12.

era «una región suficientemente pequeña para ser estudiada con detalle, típica del régimen feudal y había abundantes fuentes en el archivo de Dijon». Una afirmación en consonancia con las premisas que orientaban su famoso libro, elaborado junto con Langlois, *Introduction aux études historiques*: «nada puede suplir a los documentos; sin documentos, no hay historia».²⁹

Con la demanda de esos historiadores en favor de una exclusiva dependencia de las fuentes documentales, hemos llegado al final de nuestro recorrido por las diversas manifestaciones que adquirieron los estudios históricos en el siglo xix y primeras décadas del xx. La tradición secular de historia política, concebida como una narración de los acontecimientos vinculados al núcleo de lo político-diplomático-militar, fue consolidada en la primera mitad del siglo xix por la escuela historicista alemana. Aunque, según hemos tratado de demostrar, los mejores productos del historicismo estaban muy lejos de constituir una mera crónica de hechos bélicos e intrigas palaciegas, su paradigma, muy extendido a los restantes países a partir del último tercio de ese siglo, situaba los factores sociales y económicos en una posición absolutamente marginal. Frente a él, y como consecuencia de una rápida industrialización que dividió la sociedad en campos hostiles, algunos historiadores, influidos básicamente por la teoría de Marx pero también por la aparición de las nuevas ciencias sociales, sintieron la necesidad de insertar los procesos sociales y económicos en el análisis del desarrollo histórico. Se trataba, por consiguiente, de acogerse al Estado como objeto propio y exclusivo de la historia; o de realizar una profunda reorientación que, a través de la modificación de los conceptos y contenidos, incluyera en el estudio de la historia los restantes ámbitos —no estatales— de la realidad.

El triunfo rotundo de la primera vía en el mundo académico significó en la práctica un rechazo del análisis de los fenómenos colectivos, una repulsa de la intromisión de las ciencias sociales en la historia y una adhesión a las posiciones autoritario-estatales, defensoras del orden social capitalista y enfrentadas a los intentos de democratización de la sociedad o —en el más extremo de los casos— de su transformación revolucionaria. Cuando, a partir sobre todo de

29. Véase Felix Gilbert, «European and American Historiography», páginas 346-347.

la segunda guerra mundial, esa forma de hacer historia demostró su incapacidad para comprender los complejos procesos que estaban transformando las estructuras sociales y económicas mundiales, la segunda vía, que bajo diversas formas se había ido gestando con la misma denominación de historia social, emergió con una vitalidad y fortaleza notables. Hasta tal punto llegó su energía creadora, que muchos de sus practicantes, sumidos en una ambición totalizadora desproporcionada, llegaron a afirmar que toda historia era historia social. A esa ilusión, a sus virtudes y defectos, logros y fracasos, y a su necesaria revisión —que incluye, como veremos, recuperar las partes más sustanciales de lo despreciado—, van a dedicarse las páginas centrales de este trabajo.

